

# DOS MICRORRELATOS MÁS

de Alejandro ROMERO NIETO

## Batalla campal

Me sequé el sudor de la frente y continué la lucha. Presentía que la batalla iba a ser larga, pues ninguno de los dos nos íbamos a dar pronto por vencidos. Me arremangué por partida doble y me puse manos a la obra. Sólo podía confiar en mis dedos desnudos y en la fuerza de mis músculos.

Tiré. Tiré con todas mis fuerzas. Fue en vano. Mi enemigo permanecía inmóvil, sin siquiera un rasguño, sin una herida que presagiase mi victoria, allí, delante de mí, mofándose de mis infructuosos intentos de hacer mella en su débil cuerpo. Sí. Podía apreciar su risa socarrona, típica del que sabe sobrado por la vida.

Pero lo que él ignoraba en medio de la vanidad era que yo conocía a la perfección cuál era su punto débil. Y por eso decidí cambiar mi estrategia y centrar toda mi potencia en el flanco por el que yo sabía que en algún momento podría claudicar. Volví a tirar, y en esta ocasión, por fin, logré hacer mella. Una sonrisa de triunfo tiñó mis labios resecos.

Aparté los dedos y la vi: una pequeña fisura, inusitado precursor de victoria, apareció ante mis ojos. Espoleado por la cercanía del objetivo continué tirando, tirando, tirando con todas mis ansias, hasta que por fin logré fragmentar por completo su retaguardia, poco a poco, muy despacito, como se ganan las guerras.

Extenuado, apoyé los brazos sobre la mesa y, jadeante, observé a mi enemigo derrotado. Todo mi ser bulló de satisfacción en aquel momento. Mi oponente, aunque continuaba inmóvil, ya no se reía de mis esfuerzos.

Y es que lo había conseguido. A pesar de los obstáculos que colmaron mi camino, a pesar de las horas de sed y de hambre, a pesar de todo finalmente lo había conseguido.

Había logrado abrir un cartón de leche sin ayuda de las tijeras.

## Agítese antes de usar

Había contraído, en efecto, la enfermedad del insomnio. Le dijeron que contra eso lo mejor que podía hacer era verse enterita una película de Ingmar Bergman, a poder ser en versión original y sin subtítulos. Es necesario hacer constar que no tenía ni puta idea de sueco.

Así hizo, y desde entonces no pudo dejar de dormir. Dormía en cualquier momento y de cualquier manera: por la mañana, por la tarde, al mediodía, por la noche, durante la hora del bocata, de pie, sentado, a la pata coja, de puntillas... Se quedaba dormido hasta cuando se estaba tirando a su chica. El asunto era de tal gravedad que ni siquiera los chillidos que la dama emitía cuando él se la clavaba, como siempre, con todas sus ganas eran capaces de acabar con su perpetua somnolencia.

Entonces acudí a su médico de cabecera y éste le aconsejó que, para vencer el obstinado sueño, lo mejor que podía hacer era escuchar una sinfonía de Haydn, a ser posible en estéreo, con calidad digital e interpretada por la Filarmonía de Londres. Así hizo, y funcionó. Sólo que ahora era imposible que se quedase dormido siquiera diez minutos, por muy mullido que fuera el colchón que tuviese debajo y por muchos polvos que le echase a su chica cada madrugada.

De modo que, a partir de ese momento, su vida empezó a oscilar entre un alemán y un sueco, su melatonina particular, los únicos que podían proporcionarle un ciclo vital estable al controlar sus rigurosos intervalos de sueño y vigilia. Y entonces fue más feliz que una lombriz.

FIN. (O NO)

# TEORÍA ESPECIAL DE LA PROBABILIDAD

de Laura HERRERO OLIVERA

No apunte con la grapadora hacia personas. Habría un cincuenta por ciento de probabilidades de poder grapar su lengua con su ojo, su dedo con su pecho, su pie con su mano, sus dos pechos. Habría un cincuenta por ciento de probabilidades de darle en la cabeza, en la espalda o en su muslo. Ya está pasando la ambulancia, la grapadora no dio en el clavo, dio en el diente, la uña, la muñeca, la falange, troqueló el lóbulo de la oreja. La gran grapadora creyó ser diseñada para la tapicería, para grapar el niño al sillón, la almohada al cuello, la pierna al taburete, no hay que apuntar hacia personas -se avisa- hay que apuntar a la carne y a la tela, y allí juntas se pegan los hilos a las venas.

Amaos unos a otros como yo os he amado, porque hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que os odiéis, os escupáis, os empujéis, os encaréis y os repugnen las grapadoras que no han de apuntar a las personas. No abrir la ventana del tren, no tirar botellas por ella, no acercarse a la Gioconda, ni al punto peligroso del andén que crea el vacío, no fotografiar más allá de la frontera, no cantar ni bostezar en clase. El imperativo negativo niega un cincuenta por ciento de la realidad, el hemisferio norte se sube sobre el sur y le prohíbe escupir en público, y al negarlo también lo crea. El imperativo afirmativo afirma las dos partes de la realidad, la que ha de imperar y la que todavía impera, el amor que nos exige y el odio que supone, y al afirmarlas una risa de fondo las destruye.

Me hicieron creer en las probabilidades, que se escaparon con productos y cocientes entre las manos, ¿Cuántas veces antes se había dado? ¿Cuántas veces no se dio? El día que se inventó el verbo sortear y el bombeo del corazón que lo acompaña un dios murió, se había probado la necesidad matemática de su existencia. El lugar de las matemáticas donde hay que tener en cuenta el futuro y el pasado, a los demás y cuántos fueron, cómo y cuándo murieron, es, como sus elementos,

la más mentirosa. Las lenguas la niegan porque las probabilidades son siempre las mismas, puedes venir o quedarte, puede que sí o puede que no, pero ni vienes al 30 % ni te escapas al 47, o eres feo o eres bueno, o te odian o te aman.

# CUIDADO CON LO QUE DESEAS

de Alicia GALLEGO ZARZOSA

Se arrepintió de haber cortado su larguísima melena, que rozaba la cintura, hasta dejarla a medio camino entre las orejas y los hombros. "Ojalá", se dijo, "me durmiera y, al despertar, volviera a tener el pelo largo".

Su deseo se cumplió: el accidente la sumió en el coma dos años.

